

fijo, exclamó: ¿Señor, qué mal he hecho para ser tratado de esta suerte? É inclinándose el Crucifijado hácia él, mostrándole, con benigna sonrisa, sus llagas y su sangre, respondió: Pedro, ¿qué mal hice yo para ser tratado así?

DISCURSO XX.

SABIDURÍA.

Melior est sapientia cunctis pretiosissimis.
 Vale más la sabiduría que todas las joyas
 preciosísimas. (Prov. VIII, 11).

Cuando el Espíritu Paráclito, la bondad infinita del Sumo Dios, descendió sobre los Apóstoles, juntamente con los demás dones, infundióles el dón de la Sabiduría. Llenos de este dón aquellos primeros propagadores del Evangelio, al salir de la oscuridad del Cenáculo, hablaron diversas y extrañas lenguas, de suerte, que la muchedumbre que frecuentaba Jerusalén, se llenó de inusitado estupor. Después, corriendo como corderos rodeados de lobos voraces, faltos de todo, ignorantes y sin armas, afrontando intrépidos el orgullo de los Césares, la soberbia de los filósofos, la lujuria de los licenciosos, el fausto de los ricos, y los vicios de todos; abatidas las aras de los ídolos, plantearon la Cruz, reina del universo, en medio del mundo. Entónces se verificaron los magníficos vaticinios, en los cuales se decía: que rios de copiosas bendiciones inundarían la tierra árida, y rayos de una nueva luz dispararían las antiguas tinieblas, y pueblos innumerales se acogerían bajo los tabernáculos de Sion. Y en verdad, entónces se formó la Iglesia, que predica y enseña, amonesta y corrige, absuelve y perdona, santifica y salva; entónces los creyentes recibieron las fuerzas necesarias para sostener, seguros de la victoria, las duras luchas contra el siglo, contra Satanás y la carne.

Esta sabiduría, que infundida á los Apóstoles en el día de Pentecostés, les preparó para prodigiosas conquistas, comunicada ya á María en su misma concepcion, se le comunicó superabundantemente en el instante en que concibió el Verbo, descendido en Ella para vestirse de carne humana. Y Ella correspondió á la sabiduría con tanto amor, y con tan grande fidelidad, que la que era un dón

del Espíritu Santo, vino á ser una de sus propias virtudes. Conviene que la meditemos con toda atencion para enervorizar mejor nuestros corazones, para imitarla, y amar la verdadera sabiduría. Imploremos ántes los auxilios de la gracia: A. M.

Puesto que no todas las cosas revisten la misma importancia, no cabe duda de que, no pudiéndose atender á todas por la limitada capacidad de nuestra naturaleza, es preciso dar preferencia á aquellas que se nos ofrecen como más necesarias y más útiles. Ahora bien; las cosas más útiles y necesarias al hombre son las que se refieren á la salvacion del alma, á la vida eterna; las cuales, por el uso á que sirven y por el fin á que tienden, son, entre todas, las más útiles y necesarias; y que una vez sabidas y practicadas, constituyen la verdadera sabiduría. Por consiguiente, la verdadera sabiduría no consiste en conocer los movimientos de los astros, el organismo de los animales, los fenómenos de la naturaleza, los acontecimientos más notables de los pueblos, los fastos más memorables de la historia, y las hazañas de los más célebres conquistadores. La verdadera sabiduría no consiste en conocer el secreto de aumentar los propios intereses, de hacer productivo el comercio, de alcanzar los mejores empleos, ni de amontonar en las arcas el oro y la plata. No; no consiste en todo eso la verdadera sabiduría, sinó en conocer á Dios y sus perfecciones, á Jesucristo y su doctrina, el camino que conduce á la salvacion, y los medios indispensables para ser admitidos en el Paraíso al fin de nuestra peregrinacion.

Para la verdadera sabiduría no basta conocer las cosas expresadas de una manera fría, árida y seca, con la sola inteligencia, sin poner por obra cuanto nos pide y cuanto nos enseña. Tambien los impíos, los réprobos y los demonios, con la sola inteligencia, conocen dichas cosas; mas no por esto son seguidores de la verdadera sabiduría. Por consiguiente, es necesario conocerlas y gustarlas, gustarlas y sentirlas, sentirlas y amarlas, amarlas y cumplirlas. Conocido Dios y sus perfecciones, es necesario amarle sobre todas las cosas, servirle con obsequiosa fidelidad y cumplir sus preceptos con solícita obediencia. Conocido Jesucristo y cuanto padeció por nosotros, y cuanto nos enseñó en su Evangelio, es necesario consagrarle nuestro corazon, dedicarle nuestro culto y adoptar sus máximas como reglas de nuestra conducta. Conocido el verdadero precio de los bienes del mundo, es necesario no estimarlos más de lo que merecen, no sacrificar por ellos los intereses del alma, ni perder la

eternidad beatífica; conocida la deformidad del pecado, es preciso evitarlo; es necesario alejar los peligros de ciertas ocasiones, aborrecer la falsedad de ciertas máximas, y practicar la belleza de las virtudes.

Eso sentado, ¿qué diremos de tantos hombres, que, encanecidos, de edad muy avanzada, cuando deberían ser maestros y doctores, por lo ménos de su propia familia, no saben casi nada de la ciencia de Dios, del alma y de la religion, cuyos rudimentos esencialísimos ignoran (1)? ¿Qué concepto puede formarse de aquellos, que, consumados en los conocimientos astronómicos, físicos, químicos y matemáticos, tratando de puerilidad, de fábula y de supersticion la sublime ciencia de Jesucristo, de su fé y de su moral, ni siquiera aprendieron en qué consiste? ¿Qué opinion formaremos de aquellos, que, sabiendo el Símbolo de la fé y el Decálogo de la moral, obran en sentido contrario á la moral y á la fé, y queriendo correcta y ajustada la vida agena, no corrigen ni ajustan la suya propia? ¡Ah! diremos que su sabiduría es una sabiduría terrena, una sabiduría sensual, una sabiduría orgullosa, y una sabiduría satánica; pero nunca diremos, ni podremos decir, que sea esa la verdadera sabiduría.

Otros fueron los sentimientos de los Santos. Ellos desearon, pidieron y alcanzaron aquella sabiduría, que es dón del Espíritu Santo; y así como esta sabiduría se opone á la necedad que tiene las cosas viles, como son las terrenas, por cosas grandísimas; y las grandísimas, cuales son las divinas, como si fueran viles, del mismo modo, haciendo la debida estima de todas, despreciaron las cosas transitorias y apreciaron, como debían, las eternas. Se sabe de ellos, que irradiada su frente de luz celestial, resistieron á los delirios de las pasiones, rechazaron los violentos asaltos de los enemigos, y cumplieron la voluntad del Señor, observando los preceptos que el eterno Ordenador de la naturaleza y de la gracia imprimió en lo más íntimo del corazon de los hombres; de ellos leemos, que cifrando el saber, no en la múltiple variedad de las doctrinas y en la orgullosa elevacion del entendimiento, sinó en la santa humildad del espíritu y en el recto cumplimiento de las doctrinas, pusieron todo cuidado en conocerse á sí mismos y á Dios; y absteniéndose del mal y practicando el bien, observaron religiosamente los deberes del propio estado con la be-

(1) HEBR. V, 12.
TOMO V.

nificencia en las riquezas, con la paciencia en la pobreza, con la moderacion en la próspera fortuna, con la resignacion en los dolores, y con la fraternidad hácia todos.

No quiero, empero, ocuparme ahora de la sabiduría de los Santos, sinó hablaros de la sabiduría de María. Sin detenerme, pues, por más tiempo en hablar de aquellos, que en premio de la cultivada sabiduría, merecedores de inmarcesible corona, fueron remunerados con gloria inmortal, reclamo vuestra atencion para con la Santísima Virgen. No tendré necesidad de mucha erudicion ni de muchas palabras en esta parte del discurso, puesto que la piedad católica, en cualquier parte de la tierra donde penetra un rayo de fé y no es desconocido el nombre de Jesucristo, saluda á María en las Letanias lauretanas con el título de: Sede de la Sabiduría.

Y María es, verdaderamente, la Sede de la Sabiduría; porque, si la Sabiduría eterna, que fué engendrada en el seno del Altísimo ántes que toda criatura (1), la Sabiduría que derrama la ciencia como la luz, y cuyos pensamientos son más vastos que el mar, y más profundos que el abismo (2); la Sabiduría que se extiende de uno á otro confin, y todo lo dispone con suavidad (3), es el Hijo del eterno Padre, el Verbo adorable, la palabra interior, increada, substancial de Dios; María preparó en su seno para esta Sabiduría, que quiso encarnarse, un trono inmensamente más magnífico que el trono de Salomon. En efecto; Ella fué la augusta mansion del divino Hijo; el excelso tabernáculo donde Dios se complació en reposar; el incomparable santuario del Monarca del Universo. Por consiguiente, habiendo concebido por obra del Espíritu Santo, en medio de las admiraciones de los ángeles, á Aquel que es origen y fuente de la Sabiduría, puede y debe llamarse con toda razon: Sede de la Sabiduría. Y como á tal la reconocieron indudablemente los piadosos intérpretes, que creyeron referirse á María las imágenes con que nos la representaron los profetas, Isaías, con el trono sobre el cual se sentaría un juez amante de la justicia (4); Jeremías, con el trono de la gloria del Altísimo, establecido, desde el principio, lugar de nuestra santificacion (5); Ezequiel, con el trono de zafir, sobre el cual había una figura como de

- (1) ECCL. XXIV, 5.
 (2) ECCL. XXIV, 39.
 (3) SAP. VIII, I.
 (4) ISAÍAS XVI, 5.
 (5) JER. XXVII, 12.

hombre (1); y Daniel, con un trono, sobre el cual los jóvenes Hebreos admiraban sentado al Señor de los siglos (2).

Ahora figuraos de cuanta sabiduría estuvo llena la Santísima Virgen. Consultando los Libros sagrados, hallo: que Dios concedió á Moisés mucha sabiduría al llamarle á particulares coloquios sobre el Oreb y el Sinai (3); á David, cuando elevada su mente á vuelos proféticos, le manifestó cosas misteriosas y oscurísimas (4); á Salomon, cuando por perspicacia de entendimiento, por grandeza de talento y profundidad de doctrina, le hizo el más sábio de los mortales (5); y á San Pablo, cuando arrebatado al tercer Cielo le abrió el espíritu á misterios inefables que no puede explicar humana lengua (6). Ahora bien; ¿cuánta mayor sabiduría no debió de infundir en María, á la cual se unió más íntimamente que con Moisés, David, Salomon y San Pablo? ¡Ah! ¿quién me prestará voces y palabras convenientes para alabar; ¿quién sentimiento en el corazon para sentir dignamente una tal y tanta sabiduría? ¡Qué elevacion! qué luz! qué resplandores de inteligencia! qué arrobamientos de embriagadora beatitud! Los Cielos la miran maravillados, los ángeles y los arcángeles la admiran reverentes, y solo Dios conoce su excelsa sublimidad.

Nosotros vemos brillar un rayo de ella en las cumbres de Hebrón, en casa de Zacarías. Allá, en aquellas venturosas cimas, entre aquellas dichosas paredes, María prorumpió en el cántico del *Magnificat*; y este cántico, en el cual los mismos incrédulos no pueden dejar de admirar belleza de conceptos, elevacion de sentimientos, énfasis de expresiones y variedad de imágenes, es el resultado de una sabiduría puramente celestial, que nada tiene de terrena.

A la sabiduría especulativa es necesario unir la práctica; á la sabiduría de la fé, la sabiduría de las obras, y á la sabiduría del entendimiento, la sabiduría del corazon. En verdad, que de nada servirían los más vastos conocimientos, si el hombre no supiera regirse ni gobernarse por sí mismo. Sería, por el contrario, la mayor necesidad reconocerse uno rico en talento y pobre en virtudes. El poeta latino Horacio demostraba, que la soberbia, la avaricia, la incontinencia y los demás vicios, son enfermedades y delirios del entendi-

- (1) EZECH. I, 26.
 (2) DAN. III, 54.
 (3) EXOD. III, 2.
 (4) PSALM. L, 8.
 (5) III REG. X, 23.
 (6) II COR. XII.

miento, que se curan solamente con una buena dosis de eléboro de Anticira (1); y el mismo Salomon, cuya doctrina fué tan maravillosa, cuando se contaminó de pecados en su edad senil, tuvo que confesarse falto de la sabiduría humana y del sentido comun (2). Por consiguiente, posean los hombres penetracion profunda, sean prácticos en la metafísica, y sagaces en dialéctica; conozcan varias lenguas, interpreten códigos raros; sepan por sus investigaciones y profundísimos estudios cuanto es propio del campo de la literatura y de la ciencia; si no practican el bien, nada entienden de la verdadera sabiduría.

Mirad ahora á María. Considerad con cuanta prudencia se porta en todas las acciones de su vida; cuan parca y reservada se muestra en sus discursos; cuan humilde y modesta en el trato; cuan candorosa y recogida en su porte exterior. Se ve claramente, que está penetrada de la nulidad de las cosas terrenas y absorta en la meditacion de las verdades más sublimes, y que busca solamente agradar á Dios. ¿Qué entendimiento estuvo jamás tan penetrado del santo temor, que es constantemente solícito en pesar las cosas, aún las más insignificantes y más pequeñas? ¿Qué corazón estuvo jamás tan eminentemente dotado de aquella tierna piedad, que une el alma á Dios con un sacrificio sin límites? Su retiro en el Templo, su entera consagracion al Señor, sus palabras al Arcángel en el misterio de la Anunciacion, y su vida oscura en Nazareth, la presentan adornada de dones preciosísimos. En Ella está el consejo, que la dirige en las circunstancias más difíciles; el entendimiento, que la hace penetrar en los panoramas más deliciosos de la gracia; la fortaleza, que la hace triunfar de las mayores pruebas; la contemplacion, que la eleva al Cielo; el amor, con el cual solo obra, vive y respira por Dios. Humilde, hasta reunir todas las grandezas comunicables y posibles á la omnipotencia divina, sin que la conmueva ni un instantáneo movimiento de complacencia; pura, hasta el punto de ser un prodigio de cándida inocencia, sin que la distraiga de su amor á la pureza ni la misma idea de la divina maternidad; santa, hasta lograr que el deseado de los collados eternos, nacido de los estáticos suspiros y de los ardientes transportes de esta esposa de los Cantares, descienda en su corazón de la sublimidad de la gloria. Una vida semejante está ciertamente mo-

(1) HORAT. Sat. III.

(2) PROV. XXX, 2.

delada en la verdadera sabiduría, y, por consiguiente, queda probado con toda evidencia, que tanto por la fé, como por las obras, debe reconocerse en María la Sede de la Sabiduría.

Interroguemos ahora, hermanos míos, el testimonio de nuestra conciencia, para conocer si se halla en nosotros la sabiduría de los Santos, la sabiduría de María, la sabiduría que Jesucristo nos trajo del Cielo. Suele creerse, que la suprema felicidad consiste en poseer riquezas, y el vivir en medio de los placeres; suele pensarse, que es inevitable el pecado y una cosa impracticable la virtud; suele considerarse la mortificacion como buena solamente para los hombres de Igesia, y la castidad como imposible, atendidas las enfermedades inherentes á la naturaleza humana. Estas máximas se oponen abiertamente á las máximas del Evangelio, á las reglas de la sana moral, y á la doctrina del Crucificado; y, por consiguiente, aquellos que las siguen, no siguen las huellas de los Santos, la sabiduría de María, la sabiduría que Jesucristo nos trajo del Cielo; en una palabra, no siguen la verdadera sabiduría.

Tampoco siguen la verdadera sabiduría aquellos, que no se guían por el Catecismo, que no asisten á los sermones ni á otras prácticas religiosas, con las cuales se difunde y se arraiga la divina palabra. Se llaman cristianos, y, sin embargo, no conocen las verdades fundamentales del cristianismo, ignoran sus principios, desconocen su valor; y si algunos de ellos los aprendieron en sus más tiernos años, se han quedado como quien dice en el alfabeto de cuanto se refiere á la religion, que aseguran profesar. Entregados á las ciencias que hinchán, á la bella literatura y á las artes que deleitan, llegan á la vejez sin saber quién es Dios, qué es el alma, ni la vida futura, ni lo que debe practicarse para evitar la terrible, y alcanzar la bienaventurada. ¿Y luego podrá el Señor mirar con buenos ojos á aquellos que le desconocen? ¿Podrá dejar de lanzar los rayos de su justicia contra éstos, á quienes causan asco y fastidio sus misericordias?

San Jerónimo, en una de sus cartas, refiere de sí mismo, que sentía un placer inmenso en leer y estudiar las oraciones de Ciceron; pero le sucedió, que, arrebatado en espíritu ante el tribunal de Dios, vió al sumo Juez, el cual le preguntó, quién era y qué profesion ejercía. San Jerónimo le contestó: soy cristiano por gracia vuestra. Mientes, le replicó Jesucristo, puesto que eres ciceroniano, mas no cristiano. Y en el mismo instante una mano invisible descargó sobre sus espaldas tal tempestad de pesados golpes, que le molió los huesos (1). No

(1) S. Hier. epist. 22 ad Eustoch.

obstante, San Jerónimo no ignoraba la doctrina religiosa, ántes, al contrario, defendió la causa de la Iglesia, aterró la heregia, revisó el texto de la Biblia, corrigió los errores que se habían introducido en las diferentes versiones, hizo vida cenobítica en medio de los tumultos de Roma, dictó reglas seguras para los sacerdotes y las madres de familia, fundó un asilo protector para los descendientes de los Paulo Emilios, y de los Escipiones; y retirado cerca de la gruta de Belén, desde el fondo de su soledad, llenó el mundo de la fama de su nombre. ¿Qué será, pues, de aquellos, que distan mucho de conocer, como San Jerónimo, las materias religiosas, y quieren ignorarlas del todo?

Es verdad que no se repiten en nuestros días los golpes inferidos á San Jerónimo; pero recibimos otros señales más terribles de la cólera divina. Vemos que repetidos azotes caen sobre nuestras ciudades, que la esterilidad destruye las cosechas de nuestros campos, pueblos armados contra pueblos, y la Europa diezmada por enfermedades epidémicas, muertes repentinas, reveses de fortuna y aterradoras calamidades. Apresurémonos, hermanos míos, por alejar tanta desgracia, y aplacar al Señor, por invocar sus gracias; y como que la verdadera sabiduría nos conducirá á todo esto, apresurémonos á alcanzarla. Pidámosla al Espíritu Santo, de quien es dón la verdadera sabiduría; interpongamos la mediacion de la Santísima Virgen, que es Sede de la Sabiduría verdadera, y con ella aprenderemos á conocer la grandeza de Dios, los misterios de su amor y la historia de sus beneficios; la miseria de nuestra mezquindad, los peligros que nos rodean y los enemigos que nos asedian; la ciencia que enseña lo que más nos importa saber, la ciencia que es necesaria á todos, la ciencia sin la cual sería inútil otra cualquiera.

DISCURSO XXI.

GRATITUD.

In omnibus gratias agite.
Dad gracias por todo. (I. TESSAL. V, 18).

No cabe duda; el vicio más comun entre los hombres es la ingratitud. Cierto, que son muchos los apetitos desordenados, las inclinaciones perversas, las inmoderadas destemplanzas de actos y de conducta, las rebeliones de la soberbia, de la gula y de la lujuria, por cuyo medio el vicioso se asemeja al bruto, si no es todavía peor. Pero, estos vicios, que con frecuencia chocan unos contra otros, como mar alborotado por contrarios vientos, no reinan en todos los hombres, y hallan dominio breve y contrariado en los ánimos, siempre vacilantes entre la pasión que alienta y la pasión que empieza. Mas, la ingratitud para con el supremo Bienhechor, que nos colmó con providencial generosidad de innumerables gracias, es un pecado tan generalizado hoy, que lo observamos dominando en todas las clases, sin excepcion de edad, de sexo y de condicion. Y del mismo modo que el agradecimiento, hijo de la humildad, forma en el Cielo las delicias de los Angeles y de los Santos, la ingratitud, hija del orgullo y de la presuncion, es el vicio dominante entre los hijos de los hombres.

Esta observacion, harto triste para todo buen católico, nos servirá de punto de partida para tratar de la gratitud de la Santísima Virgen, precisamente, porque nacida de la tierra y elevada al Cielo con los pensamientos y los afectos, vivió de amor santo y de fiel agradecimiento. Toda la vida de María revela el ejercicio de esta virtud, en Nazareth, en Belén, en Egipto y en Jerusalén. El *Magnificat* es una bella manifestacion de gratos sentimientos; y nosotros, considerando solamente su primer versículo, quedaremos evidentemente convencidos de esta verdad. Por cuyo motivo, en vista del deber que tenemos